

No vale alegar en contra.
Pero si sólo has de darnos
La inicial con que se nombra
Una letra, siendo tú
No letra, sino persona,
Fírmate con sencillez
Y rabillo no te pongas.

Rústico

M. A. CARO

(*La Defensa Católica*, 25 de octubre de 1890).

LA RESISTENCIA DEL GENIO LITERARIO

En cierta ocasión encontré a un contratista *nouveau riche* golpeando un costoso reloj con un martillo de hierro. Explicó su extraña conducta diciendo que un artículo de trescientos dólares debía resistir rudo trato. Muy análoga es actualmente la actitud del público en los Estados Unidos respecto de los autores. Si un hombre tiene genio, su genio debe sobreponerse a todo. Mientras más delicado y complejo sea el mecanismo del cerebro, tanto más indestructible debe ser. Esta teoría impera en todas partes: en el artículo literario; en la columna del editorial popular. Es tema que discuten tanto catedráticos universitarios como contratistas especuladores. Si un hombre posee habilidad literaria, dará pruebas de poseerla en cualquier caso, tanto en circunstancias favorables como en las desfavorables.

Como nadie cree que el pueblo de los Estados Unidos se caracterice por su amor a la literatura, úno se siente predispuesto de antemano contra semejante teoría. *Credo quia non Americanum*, exclama el Tertuliano literario. El escepticismo crece a medida que se profundiza el análisis. No hay duda de que en gran parte

esa creencia se basa en una falsa analogía entre la literatura y los negocios, pues nuestro público observa una antigua regla de hermenéutica que manda interpretar lo desconocido por medio de lo conocido. En un país donde la persona que aspira a la fortuna lo encuentra todo favorable, por lo general triunfa si tiene habilidad. Rockefeller es rico, y Parsons es pobre; *ergo* sus cuentas bancarias dan la medida de su capacidad. ¿Qué cosa más sencilla que aplicar el mismo principio a las pasadas edades y a otras funciones mentales? Goethe escribió poesías mejores que Blake (1), por consiguiente, fue talento más notable, conclusión a la que se arriba sin considerar que todas las circunstancias se combinaron para desarrollar el genio del uno y ahogar el del otro, y que quienes pronuncian el fallo no son poetas y pobres como Blake, ni bardos y ricos como Goethe.

Eminentes especialistas del ramo han repudiado la hipótesis, y esto es lo primero que nos inspira desconfianza acerca de su exactitud. Proclamada por plutócratas yanquis, no ha sido aceptada en lo pasado por genios literarios que es lógico suponer conocieron por experiencia propia por el funcionamiento de su propia mente. Nadie ignora lo que dijo Gray de los «Milton mudos y oscuros,» en quienes «una cruel pobreza reprimía» grandes facultades naturales. Aun en medio de su noble epopeya, el mismo Milton teme que:

.... la ancianidad; el clima frígido
O años sombríos abatan mi animoso espíritu;
Que mucho podrían abatirlo.

En 1800 Schiller escribe de Goethe: «En conjunto produce muy poco ahora, fecundo como es todavía en concepción y ejecución. *Su espíritu no goza de bastante*

(1) William Blake (1757-1827); poeta, pintor y místico inglés.—La Redacción.

sosiego; sus desventuradas condiciones domésticas, que por ser demasiado débil no puede alterar, le hacen muy desdichado.» Ciertamente, a juzgar por la opinión de Schiller, si la vida toda del poeta más grande de Alemania hubiera sido como esos cuantos meses, no habría existido sino un oscuro y silencioso Goethe. «Mi genio poético se ha extinguido por completo,» escribe Coleridge a la edad de treinta años; y la esterilidad de su existencia durante un tercio de siglo a partir de aquel entonces comprueba la verdad de sus palabras. «El genio y el saber son más fáciles de perderse que de recuperarse,» decía Tácito. Pero, ¿a qué más citas?

La historia nos ofrece testimonios más convincentes todavía. Si el genio fuera indestructible, lo natural sería que brotara con cierta regularidad en los diversos países y edades. En cambio, si es un dón que el medio ambiente puede estimular o destruir, dondequiera que existan fuerzas hostiles se encontrarán grandes desiertos áridos y ricos oasis donde haya fuerzas propicias. La historia atestigua esto último. En lugar de brillar como estrellas en el cielo cronológico, los genios del pasado aparecen como pequeñas islas luminosas en medio de vastos océanos de obscuridad. En una parte del Asia Menor y en el espacio de un siglo, posiblemente, se produjeron los poemas de Homero y los salmos de David. Una comarca más pequeña que el estado de Rhode Island legó en siglo y medio a la humanidad casi toda la literatura, el arte y la filosofía de la Grecia europea. En un pequeño rincón de Italia y en el espacio de cien años florecieron Virgilio y Horacio, Lucrecio y Cicerón, así como el genio militar de César. Otro paraje de Italia, durante un siglo también, fue la cuna gloriosa del renacimiento italiano. Elimínense

cincuenta años en la historia de una ciudad de cien mil habitantes, y no tendríamos el teatro de la época de Elizabeth. Suprímase el período de la vida de un hombre en la historia de Francia, y habrá desaparecido la gran edad clásica de la poesía francesa. Prescídase del mismo período de la historia de algunos lugares de Alemania occidental, y se habrán perdido las obras literarias más grandes de la lengua que hoy hablan cien millones de teutones y que sus antepasados hablaron durante centenares de años. Durante los últimos veinte años no ha aparecido ningún gran genio literario o artístico. Es dudoso que siquiera una diezmilésima parte de las vastas regiones que se extienden ante nuestros ojos en el mapa mundial haya estado íntimamente relacionada alguna vez con la vida de genios semejantes. Y, sin embargo, en los lugares y períodos favorecidos, ¡con qué abundancia se presentan! Entre los años 480 y 325 antes de Jesucristo, Grecia fue testigo de las obras literarias de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanos y Píndaro, de la filosofía de Sócrates, Platón y Aristóteles, la oratoria de Demóstenes, las esculturas de Fidias y el talento militar de Alejandro el Grande. El pequeño distrito alrededor de Florencia, entre los años 1300 y 1400 de la era cristiana, sirvió de cuna a la poesía del Dante, Petrarca y Ariosto y a la prosa de Bocaccio. «Los generosos tiempos de la gran Elizabeth» señalaron no sólo la aparición de una veintena de brillantes dramaturgos, sino también de la poesía de Spencer y la filosofía de Bacon. Cuando un agricultor ve en el campo de trigo extraños trechos de grano muy crecido que se elevan entre vastas extensiones de exiguo desarrollo, sabe que la causa no está en la semilla, sino en el terreno donde ha caído.

No menos convincente es la historia aislada de las naciones. Grecia produjo una gran literatura en dos siglos, y no ha producido un solo escritor eminente en los veintiún siglos subsiguientes; en Alemania la poesía, estéril durante cuatrocientos años, florece de pronto en la generación de Lessing, Goethe y Schiller; durante el último medio siglo Rusia ha marchado a la cabeza del mundo por su literatura en prosa, no obstante haber sido casi una nulidad literaria durante tres mil años. ¿Carecen tales hechos de significado? Y, sin embargo, en los períodos infecundos, durante la decadencia de Roma, en la Edad Media, en los siglos décimoquinto y décimo octavo, se encuentran muchos espíritus nobles que parecen haber poseído grandeza de alma, pero que no han dejado grandes obras. En los postremos esplendores de «la grandeza que fue Roma,» Boecio es tan admirable como el autor de *Hamlet*, mas no escribió un *Hamlet*. Blake en Inglaterra y Herder en Alemania contrastan con la estolidez del siglo decimooctavo. No obstante, ¿qué nos queda de su genio sino la memoria de grandes personalidades, y esfuerzos brillantes y abortivos en sus obras? A conocer a Petrarca hubiera preferido conocer en el cielo a algunos de los escolásticos medioevales; sin embargo, el cielo no sería cielo si tuviera que leer sus obras.

La teoría de que el verdadero genio siempre triunfa, encuentra, empero, su refutación más completa en la vida misma de los genios que triunfaron. Coleridge falleció a la edad de sesenta y dos años; a pesar de ello ¡su reputación de poeta descansa en las obras escritas en un solo año! Si una dolencia o una invasión extranjera le hubieran impedido trabajar durante esos pocos meses, ¿quién puede asegurar que el autor nos hubiera legado *Christabel* o *The Rime of the Ancient Mariner*?

Wordsworth vivió ochenta años sano de cuerpo y espíritu; pero produjo en solo diez sus mejores poesías. Si hubiera sido un extenuado obrero de fábrica durante esos diez años, laborando catorce horas diarias en los talleres de Sheffield, ¿se habría levantado a mayor altura que Ebenezer Elliot? Durante la década más feliz de su vida, en la plenitud y gloria de sus maduras facultades, Milton casi no escribió versos. Si el gobierno de Cromwell hubiera continuado, viéndose Milton en la necesidad de adoptar una ocupación acaso como secretario de latín por el resto de su vida, la justificación del proceder de Dios para con los hombres nunca habría pasado tal vez de un sueño irrealizado. *The Canterbury Tales* son el fruto de dos años de holganza en la vida de Chaucer. ¿Los poseeríamos, si no hubieran sido años de holganza? Los padecimientos mentales y físicos han engendrado a veces grandes poemas; pero existen ciertas condiciones que jamás los han inspirado en la vida de los hombres desde Adán.

Comoquiera que sea en otros campos, en el de la literatura y el arte el éxito representa la supervivencia del afortunado, exactamente en la misma medida que la supervivencia del idóneo. La vida puede considerarse un terreno de prueba en el sentido de que sólo el apto subsiste; pero esto no quiere decir que sólo sucumben los ineptos. El pasado es sepultura de los genios que nunca alcanzaron desarrollo. Es un mar oscuro e inexorable. Sondeando sus relegados archivos, biógrafos e historiadores sacan a la luz de tiempo en tiempo las memorias de tragedias olvidadas, como el héroe de Stevenson extrajera el blanqueado hueso de entre los escorbos que descansaban en el fondo de un estrecho escocés. Como el héroe también, saben que «allí están los muertos.» Prósperos hombres de negocios y escri-

tores optimistas bien pueden cubrir de resplandores la ondulante superficie; en el fondo subsiste la realidad cruel, el «osario inmenso» de la experiencia humana. Shelley lo tuvo así presente al evocar en Keats «a los herederos de un renombre nunca alcanzado.» Nos estremecemos al pensar que antes de 1789 casi todos los grandes escritores pertenecieron a esa pequeña minoría que se llamaba la clase desocupada. «Los breves y sencillos anales de los pobres» aparecen tan trágicos como un osario humano en alguna isla desierta.

De estas consideraciones, lectores irreflexivos pueden acaso llegar a la conclusión de que casi todos los autores «no consagrados» son genios potenciales marchitos en un medio adverso. Infortunadamente la historia nos enseña que no es así. De que algunos genios fracasen no se deduce en manera alguna que todo aquel que fracasa podría haber sido un genio. Si bien el estudio de la historia literaria revela algunos grandes hombres contrariados y vencidos, muestra asimismo un número inmensamente mayor de mediocridades con aspiraciones vanas. Entre diez mil personas que se creen poseedoras de talento literario, una probablemente llega a ser un gran autor; otras cinco, contrariadas por adversa fortuna, son brillantes posibilidades; treinta o cuarenta se convierten en dignos literatos secundarios; y las nueve mil novecientas cincuenta restantes no han recibido de la naturaleza dón alguno, salvo el deseo irresistible de borrar carillas de papel. Lo triste en el caso de estos millares vivientes y de millones de extintos no es que fracasaran, sino que cometieran el error de intentar la tarea. Aun en el caso del genio vencido, el mundo sufre una pérdida mucho menor de lo que pudiera pensarse. De los millares de personas sentimentales que lloran la pérdida de «algún oscuro y

silencioso Milton,» ¿cuántas habrían leído el *Paradise Lost* que suponían hubiera escrito? El mundo no puede prescindir de la poesía; pero puede pasársela con sólo unos cuantos grandes poetas, y en realidad cuenta con más bardos de los que tiene tiempo de leer. Cierta vez oí decir que en cada colmena nacen varias abejas reinas, sin embargo de que sólo se requiere una. Entiendo que la primera en salir del capullo mata a sus hermanas con el aguijón. Pues bien: algo semejante ocurre entre los literatos.

¡Qué procedimiento tan sencillo y cabal pone en práctica la naturaleza! Cierta número de abejas superiores y de escritores eminentes resulta indispensable. Para no correr riesgo de fallar, la naturaleza provee un número de ambos que excede considerablemente la demanda, y luego procede a eliminar las larvas superfluas mediante una oportuna estocada, que las abejas reciben en el corazón y los poetas en el estómago. El procedimiento es bastante duro sin duda para los genios sobrantes, pero no nos parece peor que la suerte de mujeres sobrantes que se marchitan en la soltería o de obreros sobrantes que sufren hambre por falta de trabajo. Es la antigua historia de «los colmillos y las garras rojas de la naturaleza» en su trágico proceso de mejoramiento. Como sus despiadados métodos demuestran a la larga ser menos crueles que los de reformadores sentimentales, bien podemos aceptarlos. Una orgía de simpatías y subsidios erróneos no mejoraría necesariamente el mundo literario. Sin embargo, no veamos equivocadamente en los rudos y repentinos métodos de la naturaleza una «providencia especial» que lleva a la madurez todas las semillas y no permite que aves de inspiración genial caigan en la obscuridad. Y en el campo de la batalla que se libra contra el materialismo donde

algunos se conquistaron laureles y otros cayeron inavertidos, depositemos una corona en honor de quienes hubieran sido grandes y «que hoy descansan en tumbas ignoradas.»

FRÉDERICK E. PIERCE

UN SIMBOLO SANTO

Amante fervoroso de España, la hermosa península en cuyo cielo brilla el sol más claro y vivificante que en parte alguna de la tierra sublime de Cervantes y Hurtado de Mendoza, patria heroica del Cid, en cuyos dominios jamás se puso el sol, y en cuya historia gloriosa resplandecen, como características de ese pueblo hidalgo y generoso, altivo y valiente, el honor y la dignidad; admirador como soy del alma grande que alberga en los nobles pechos españoles, y que, en momentos de odioso mercantilismo y de triste abajamiento espiritual en este *marenagnum* de las cosas modernas, he tendido el vuelo hacia la España antigua y la España nueva, como hacia el refugio salvador en donde siquiera podamos librar del naufragio actual los restos de lo muy bello y muy grandioso que nos legaron nuestros antepasados de allende el mar; español de corazón, ansioso de que entre la madre patria y Colombia, mi suelo querido, no existan otras fronteras que las materiales, he buscado con solícito afán, con ardoroso entusiasmo y con amor veheméntísimo, algo así como un símbolo de la unión espiritual entre españoles y colombianos; algo que nos diga a las claras que también nosotros llevamos en nuestras venas sangre de héroes y de valientes, sangre de España; he buscado y rebuscado una reliquia que diga a todos y a cada uno de nosotros que quienes